

Domingo 28° Ordinario (Rio de Janeiro- Conferencia BENET- 15 de octubre 2023)
Lecturas: Isaías 25, 6- 10/ Salmo/ Fil 4, 12- 14/ Mt 22, 1-14

Al escuchar la primera lectura del libro del profeta Isaías para el día de hoy podemos preguntarnos: ¿acaso no se está cumpliendo esta profecía aquí ante nuestros ojos? ¿Acaso no estamos nosotros también en un monte alto, sobre de la ciudad de Rio? ¿Acaso no hemos sido invitados en estos días a un banquete de los manjares más sustanciosos, el mismísimo Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo? ¿Acaso no representamos a todas las naciones, nosotros que hemos venido de tantos países y culturas, de tantos pueblos diferentes? ¿Acaso no ha reposado la mano del Señor sobre nosotros durante este encuentro, para mostrarnos el camino de las enseñanzas del Evangelio y la enseñanza espiritual de san Benito? A veces, las Sagradas Escrituras iluminan nuestras vidas y nos explican lo que estamos viviendo en un momento determinado de un modo clarísimo. En esta celebración eucarística, ciertamente podemos decir que las Escrituras se han hecho vida ante nuestros propios ojos.

Al escuchar atentamente el Evangelio de hoy, vemos que el hilo conductor que recorre todo el texto es una invitación del Señor, su elección de un pueblo invitado a participar de una fiesta, de un banquete. Nosotros somos verdaderamente ese pueblo, elegido por Dios para estar presentes en esta fiesta en honor de su Hijo Jesucristo. En la parábola del Evangelio, el rey, que representa a Dios, nos recuerda que todos están invitados a participar, los buenos y también los malos. Todos están convidados. Creer que hemos sido elegidos por Dios, que Él nos ha llamado a ser parte de la fiesta de su Hijo Jesucristo, es creer que somos realmente amados por Dios. Todos y cada uno de nosotros tiene un lugar en la fiesta del Hijo. En estos días que hemos pasado juntos, hemos llegado a ser una comunidad que ha profundizado su comprensión de la misión que le ha sido encomendada. Nuestra misión es vivir el Evangelio de la manera particular que nos enseña la Regla de San Benito. Es cierto que es un gran desafío, pero es un desafío noble y que vale la pena. La Regla de San Benito, en cada uno de sus capítulos, no hace sino reflejar las enseñanzas del Evangelio. El Evangelio es la fuente que nutrió a san Benito para escribir la Santa Regla. Por eso, cuando nos disponemos a regresar a nuestros hogares, a nuestras escuelas y a nuestra misión, volvemos llevando en el corazón dos cosas muy importantes -el Evangelio del amor, la fidelidad y la compasión; y la Regla de San Benito, que nos enseña lo valioso e importante que es abrir el oído de nuestro corazón a las mociones del Espíritu Santo. La misión que tenemos por delante nos da vida. Encontrarnos unos con otros ha renovado nuestra motivación por la misión y nos ha llenado de esperanza, ánimo, confianza y entusiasmo.

Hacia el final del Evangelio, hay una parte que nos desconcierta. ¿Por qué es tan duro el rey con el hombre que vino a la fiesta sin ponerse vestido de bodas? ¿Acaso el rey no había mandado a sus siervos a los cruces de los caminos para que convidaran a la fiesta a todos los que encontraran, “buenos y malos”? Me parece que la respuesta a esta pregunta está en el corazón de cada uno de nosotros. Es san Pablo quien nos guía hacia la respuesta cuando nos manda, “Revestíos del Señor Jesucristo” (Rm 13, 14). Y también cuando en la carta a los gálatas leemos, “Los que os habéis bautizado en Cristo os habéis revestido de Cristo” (Ga 3, 27). ¿Acaso

no es éste el verdadero traje de bodas que todos estamos llamados a ponernos, ya sea que vayamos a la fiesta del rey o a nuestro trabajo en la sala de clases o a nuestra misión?

El vestido es una marca de identidad. Sabemos quién es el capitán o la capitana de un avión por la indumentaria que lleva, y también nos damos cuenta de quiénes son las azafatas o los sobrecargos del vuelo por cómo van vestidos. El celebrante principal de la Misa se reconoce asimismo por su vestimenta. Identificamos de la misma manera a los policías por su uniforme y su credencial, que nos comunican que están ahí para protegernos. ¿Qué nos dice esto a nosotros? ¿Cuál es la indumentaria por la cual tenemos que ser distinguidos, reconocidos como invitados a la fiesta del Señor? En su carta a los colosenses, san Pablo nos entrega otro mensaje importante acerca de lo que debemos ponernos para participar del banquete del Señor. Escuchemos estas palabras de san Pablo: “Revestíos de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándonos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el broche de la perfección” (Col 3, 12- 14).

Ahora el Señor nos envía de regreso a nuestros colegios y a nuestra misión. Las instrucciones que nos da al enviarnos son las del Evangelio y las de la Regla de san Benito. No nos marchemos sin traje de bodas, esto es, marchemos revestidos de nuestro Señor Jesucristo. Si estamos “en Cristo”, sabemos que nos hemos “revestido” de Cristo, que hemos sido elegidos y que estamos más que invitados a la fiesta que Dios ha preparado para su Hijo. Cada uno de nosotros es un invitado de honor, elegido cuidadosamente, para administrar sus dones, como embajadores de san Benito, que ofrecemos a aquellos con quienes trabajamos el mejor de todos los dones -la Palabra viva y permanente de Dios.